

SOMBRAS DEL PASADO...

UN DICIEMBRE INOLVIDABLE

Luisa Fernanda Guerrero Rodríguez

Ilustraciones | Laura Alejandra Medina Patiño





**Institución Universitaria
Politécnico Grancolombiano**

Calle 61 N.º 7 - 69
Tel: 7455555, ext. 1516
Bogotá, Colombia

© 2025. Todos los derechos reservados.
Primera edición, diciembre de 2025

Sombras del pasado...
Un diciembre inolvidable

eISBN: 978-628-7840-45-4

Autora

Luisa Fernanda Guerrero Rodríguez

Diseño e ilustración

Laura Alejandra Medina Patiño

Editoras académicas

Victoria Eugenia Peters Rada
Marcela Fernanda Téllez Pedraza

Equipo editorial

DIRECTOR EDITORIAL
Guillermo Alberto González Triana

ANALISTA DE PRODUCCIÓN EDITORIAL
Mónica Alejandra Quintana Rey

CORRECTORA DE ESTILO
Ana Milena Cortés

Guerrero Rodríguez, Luisa Fernanda.
Sombras del pasado...: Un diciembre inolvidable / Luisa Fernanda Guerrero Rodríguez
; Laura Alejandra Medina Patiño, ilustradora. – Bogotá D.C.: Editorial Politécnico
Gran Colombiano., 2025.

24 p. ;il, col. 20x20 cm.

EISBN 978-628-7840-45-4

1. Espiritualidad en la literatura 2. El duelo -- Cuentos cortos 3. El amor en la literatura
I. Institución Universitaria Politécnico Gran Colombiano II. Tít.

SCDD 863.01

Co-BoIUP

Sistema Nacional de Bibliotecas - SISNAB
Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano.

¿CÓMO CITAR ESTE LIBRO?

Peters Rada, V.E. y Téllez Pedraza, M.F. (Eds.) (2025). *Sombras del pasado... un diciembre inolvidable*. Editorial Politécnico Grancolombiano.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier forma o medio existentes o por existir, sin el permiso previo y por escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano. Para usos académicos y científicos, la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano accede al licenciamiento Creative Commons del contenido de la obra con: Atribución – No comercial – Compartir igual.



El contenido de esta publicación se puede citar o reproducir con propósitos académicos siempre y cuando se indique la fuente o procedencia. Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva del (los) autor(es) y no constituye una postura institucional al respecto.

La Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano pertenece a la ASEUC (Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia).

El proceso de gestión editorial y visibilidad de las publicaciones de la Institución Universitaria Politécnico Gran Colombiano se encuentra certificado bajo los estándares de la norma ISO 9001:2015, con el código de certificación ICONTEC SC-CER660310.

Mientras ellas dos hicieron como si no se conocieran, yo no pude: seguí a Sofía.



Era miércoles 21 de diciembre y me disponía a alistarme, como cualquier otro día, para ir al trabajo. Como de costumbre, me despedí de mi mamá aunque ella estaba un poco molesta porque habíamos tenido una discusión el día anterior, también de mi esposa y de mis hijas, diciéndole a cada una que nos veríamos en la noche, en la novena de aguinaldos que tendríamos junto con mi familia y algunos vecinos de la cuadra.

Mi día fue muy bueno; logré cumplir mis metas de ventas y creo que hasta logré más de lo esperado; estaba muy feliz. De camino a casa, pasé a la tienda a comprar algo para compartir en la novena. Una de las cosas que más me emocionaba era estar con mi familia y los seres que más quería, a pesar de todas las adversidades. Para llegar a mi casa tenía dos opciones: una era rodear todo el parque que se encontraba justamente frente a mi casa, y la otra, más fácil, era cruzarlo. Decidí tomar la segunda opción.



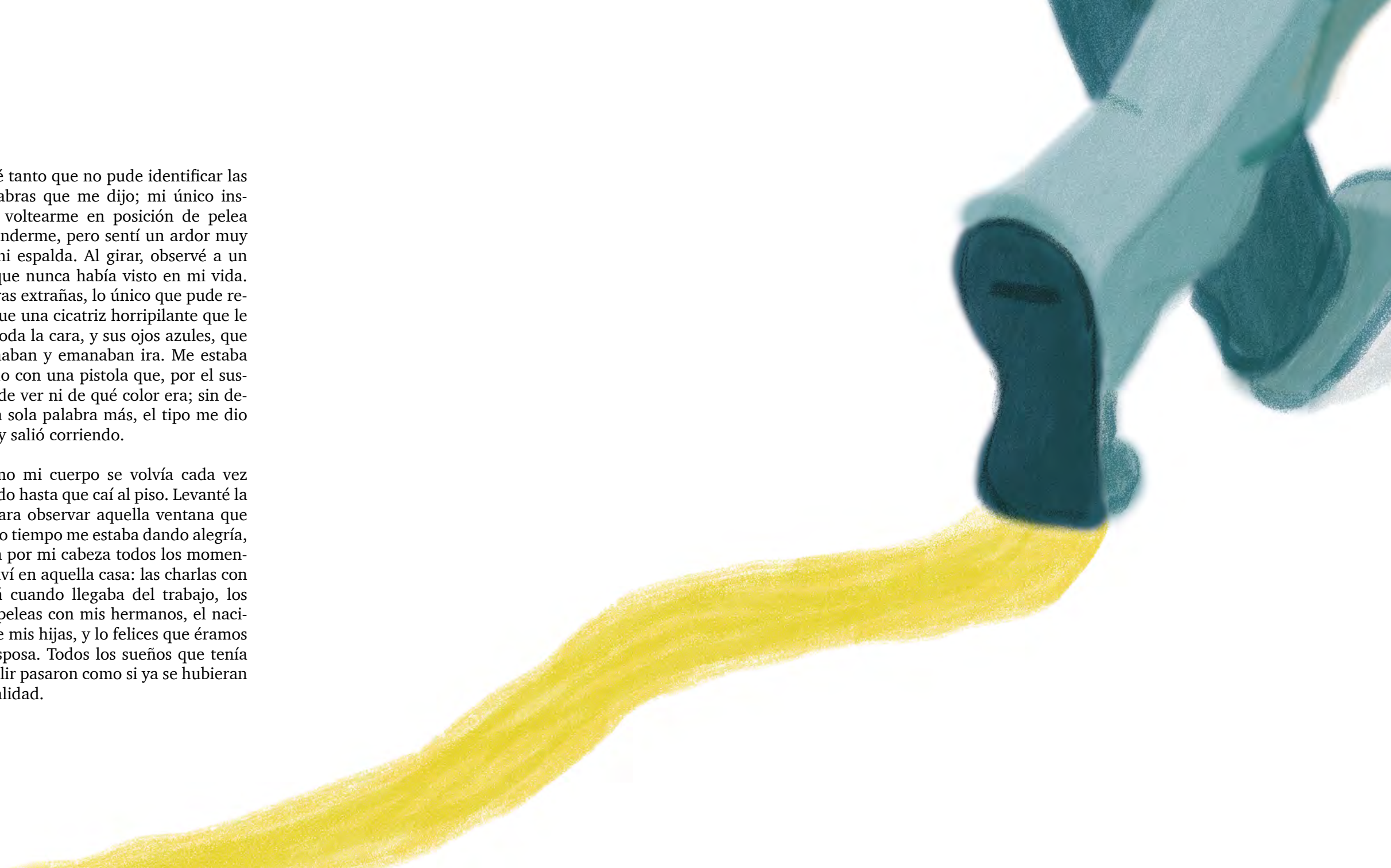
Desde afuera se sentía el ambiente navideño: las casas decoradas con luces de colores, las familias felices alrededor de sus grandes y coloridos árboles de Navidad y, lo que no faltaba, la mezcla de canciones decembrinas que se formaba gracias al ambiente festivo de la cuadra. Estaba muy emocionado, pero me emocioné más al ver la ventana de mi casa y notar que allí no faltaba ese espíritu tan alegre. A través de ella también vi a mi madre atender a la visita mientras me esperaban.

Caminaba ensimismado en mis pensamientos cuando, de repente, una voz extraña y amenazante los interrumpió:

—¡Hey, Leandro!

Me asusté tanto que no pude identificar las otras palabras que me dijo; mi único instinto fue voltearme en posición de pelea para defenderme, pero sentí un ardor muy raro en mi espalda. Al girar, observé a un hombre que nunca había visto en mi vida. Daba vibras extrañas, lo único que pude reconocer fue una cicatriz horripilante que le cruzaba toda la cara, y sus ojos azules, que predominaban y emanaban ira. Me estaba apuntando con una pistola que, por el susto, no pude ver ni de qué color era; sin decir ni una sola palabra más, el tipo me dio dos tiros y salió corriendo.

Sentí cómo mi cuerpo se volvía cada vez más pesado hasta que caí al piso. Levanté la mirada para observar aquella ventana que hacía poco tiempo me estaba dando alegría, y pasaron por mi cabeza todos los momentos que viví en aquella casa: las charlas con mi mamá cuando llegaba del trabajo, los juegos y peleas con mis hermanos, el nacimiento de mis hijas, y lo felices que éramos con mi esposa. Todos los sueños que tenía por cumplir pasaron como si ya se hubieran hecho realidad.



Fue un momento muy extraño. Postrado en el suelo, en la mitad de aquel parque, vi cómo los vecinos empezaron a correr y a gritar, llamando a mi familia para decirle lo que había pasado:

—¡Doña María, doña María... Su hijo, su hijo! —gritaban los vecinos.

Estaba en shock; trataba de moverme, pero mis intentos no eran satisfactorios. De repente, empecé a ver borroso, pero alcancé a sentir que mi mamá, mi papá y mis hermanos venían corriendo hacia mí y gritaban:

—¡Dios mío! ¡Mi hijo, mi hijo! ¡Alguien que nos ayude! —suplicaba mi mamá.





Mis hermanos y mi padre salieron corriendo en busca de algún medio de transporte para llevarme al hospital, mientras que yo me quedé con mamá, quien sacaba todas sus fuerzas para tratar de alzarme. Quería ayudarla, pero mi cuerpo se ponía aún más y más pesado. Quería decirle que se tranquilizara, pero las palabras no lograban salir de mi boca. Aún hoy, sigo sin entender cómo esa mujer pudo alzarme y llevarme al bus que un vecino había ofrecido.

Entre tanto alboroto, vi que mi familia estaba muy preocupada, pero no estaba ella; no estaba Sofía, la mujer que tanto amaba. Sentí desilusión porque sabía que ella se encontraba en la casa y nunca salió, quizá porque cuidaba de mis dos bellas hijas.

Caí en un momento de tranquilidad y me dormí un poco. Cuando desperté, seguía al lado de mamá; estábamos en el bus y pensaba que ya había pasado aquel momento amargo. Entonces le di un abrazo, pero me asusté cuando no lo sintió, porque ella seguía en un mar de lágrimas. Fue cuando me di cuenta de que mi cuerpo estaba decaído en los brazos de mis padres y mis hermanos, y yo ya no sabía cómo volver.

Pasaron unos minutos que parecían horas; llegamos al hospital y los enfermeros, en cuestión de segundos, ingresaron mi cuerpo herido. Me quedé afuera con mi familia, acompañándolos; todos sentíamos confusión y ellos dialogaban entre sí. Trataba de meterme en la conversación, pero no lo lograba, simplemente no me escuchaban. Seguían hablando cuando vi que un doctor mayor venía con expresión triste y dolorida, quizá no sabía cómo darle a mi familia la peor noticia.



Fue doloroso verlos gritar y decir que nunca volverían a verme; sin embargo, yo seguía ahí. Quería que ellos lo supieran, pero era imposible. Mientras tanto, mi mamá se culpaba, se tiraba al piso y gritaba a los cuatro vientos:

—¿Por qué? ¿Por qué mi hijo?

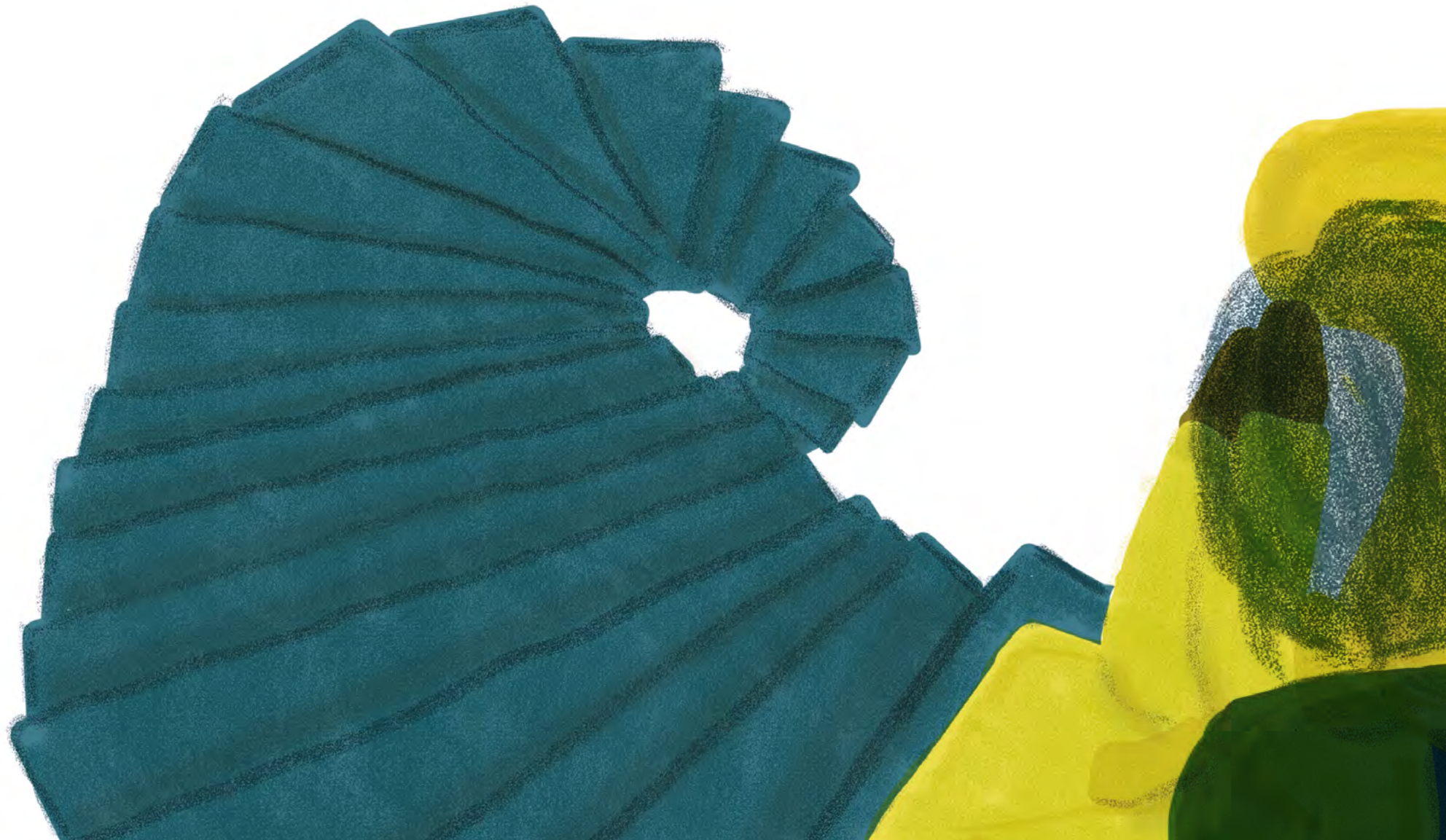
Recalcaba en sus gritos que nunca quiso pelear conmigo y que me fuera así. Yo la abrazaba y le decía que no tenía nada que perdonarle y lo mucho que la quería, pero nunca me escuchó.



De regreso a casa, predominaban el silencio y los sollozos de mi familia. En un punto, todos se separaron porque querían estar solos, así que me dediqué a acompañar a mamá, quien se dirigía nuevamente a la casa.

En el camino, solo pensaba que iba a ver a mis hijas, destrozadas, pero las iba a ver. Cuando llegamos, notamos que la casa estaba de cabeza: el colchón de mi habitación se encontraba tirado en la sala, y en el cuarto las cosas se hallaban fuera de lugar. Sofía había revuelto absolutamente todo. Estaba confundido, no sabía por qué lo hacía, ella sabía que mi familia iba a llegar en cualquier momento.

Se asustó cuando vio a mamá y se atortoló toda. ¿Me dolió? Sí, pero no iba a dejar que eso le hiciera más daño a mamá, así que no sé cómo hice, pero le mandé todas mis fuerzas hasta que entramos a su cuarto sin decir ni una sola palabra.



Llegó el día del entierro. Acompañaba a mi familia, dándoles toda la paz que merecían, en especial a mamá. Yo jugaba el papel de espectador, veía a cada uno de los integrantes de mi enorme familia llegar. Entonces, me vi transportado unos días atrás, cuando en una reunión en la que estaba la mayoría de mi familia celebrando el cumpleaños de mi hermano, nos prometimos que ese diciembre estaríamos juntos, todos reunidos. Aunque no fue en la situación que esperábamos, sentí un fresquito dentro de mí porque, al fin y al cabo, sucedió.



Transcurrieron años difíciles. Me apegué a mamá y le hice sentir que estaba con ella a pesar de todas las situaciones de dolor que surgieron posterior a mi muerte, como que Sofía tuviera el descaro de alejarse de mi familia y no dejarlos ver a mis hijas nunca más.

En un día que parecía común, mamá y yo estábamos saliendo de una cita médica cuando nos tropezamos con Sofía de frente. Mi mamá quedó congelada, tenía sus sentimientos revueltos, pero aun así no sintió rabia; por el contrario, sintió la paz que le pude transmitir.

Mientras ellas dos hicieron como si no se conocieran, yo no pude; decidí seguir a Sofía y vi cómo saludaba a aquel hombre con un beso en la boca: era él, el sujeto de la cicatriz en la cara y los ojos azules.



El amor
que nos une es más grande
que el dolor que nos separa. Aunque las
sombras de la noche parezcan largas, siempre
habrá una luz que brille en la oscuridad de nuestros
recuerdos, recordándonos que el amor perdura más allá
de la distancia y el tiempo.
Rabindranath Tagore

